

## La educación de la mujer en Fortunata y Jacinta

No vemos otro medio de combatir [...] los extravíos de la veleidad inquieta de su hastío, los peligros de su actividad que no se dirige, las monstruosidades de su desesperación, ni las ignominias corruptoras de su envilecimiento, no vemos defensa contra tantos enemigos sino en la instrucción.<sup>1</sup>

La educación es asunto central de la empresa restauradora que se desarrolla a finales del siglo XIX en España. Nos encontramos entonces en el mismo vértice hacia la modernidad, en una época fundamental para la configuración de la España contemporánea, y uno de los principales focos de atención es la enseñanza de la sociedad para configurar así un grupo en el que predominen las formas y la convivencia civilizada.

Dentro de ese proyecto la mujer ocupa un puesto fundamental. La concepción general de la época veía a ésta como un ser instintivo e irracional, una energía sin límites, sin forma ni definición, que suele dejarse llevar por la imaginación y que puede llegar a caer en el salvajismo. Considerada, pues, como

---

(1) Nota de Concepción Arenal en: GILMAN, Stephen, *Galdós y el arte de la novela europea, 1867-1887*, Madrid, Taurus, 1985, p. 127.

un ente puramente sensual, emocional y maleable, la mujer se convierte en el centro de la problemática social en torno a la educación, representando en última instancia a toda la capa popular susceptible de ser civilizada e insertada en el grupo social.

En *Fortunata y Jacinta* el tema de la educación, dirá Blanco Aguinaga, "permea todos los demás asuntos, llegando a ser, en cierto sentido, tal vez el motivo dominante de la novela"<sup>2</sup>. La mujer de esta obra reproduce los tópicos del ser maleable que hay que canalizar, y será precisamente esta canalización, este dar cauces a la energía femenina desbordada, la que se constituya en propósito obsesivo para la gran mayoría de los personajes que rodean a estas mujeres. Aparecen, por lo tanto, en esta obra "los esfuerzos domesticadores de la burguesía y de sus adláteres con relación a Fortunata, a Mauricia "la Dura" y a otros personajes del pueblo, correlato todo ello del proceso histórico-social de la Restauración. Se trata, en efecto, de que tanto el país como buena parte de los personajes de la novela han de 'entrar por el aro' "<sup>3</sup>.

¿Cómo pretende, pues, esta sociedad integrar a la mujer (léase también "pueblo") en su cuerpo? El modelo será, sin duda, el hombre, generalmente el marido, espejo en el que la mujer se ha de mirar para construirse en ser socializado. Educado en la libertad y en el "laissez aller, laissez passer", el hombre (la civilización, el orden establecido) puede acceder a todas las esferas de la cultura y posee los atributos y conocimientos necesarios para corregir a la mujer (la Naturaleza).

---

(2) BLANCO AGUINAGA, C., "Entrar por el aro: restauración del 'orden' y educación de Fortunata", *La historia y el texto literario. Tres novelas de Galdós*, Madrid, Nuestra Cultura, 1978, p. 52.

(3) RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, " 'Quien manda, manda': la ley y el orden en *Fortunata y Jacinta*" en John W. Kronik y Harriet S. Turner (edits.), *Textos y contextos de Galdós*, Madrid, Castalia, 1994, p. 115.

Como indica Sinnigen, “[l]iberados de este destino [la procreación], los hombres se pueden dedicar más exclusivamente a la cultura”<sup>4</sup>. En cambio, la mujer en el s. XIX era educada para ser “un objeto útil y agradable para la vida de los hombres. Ignorante e incapaz de pensar, está siempre dispuesta a obedecer. La mujer que se atreve a hacer algo no admitido socialmente es castigada, y la resignada es premiada”<sup>5</sup>. Circunscrita por lo tanto al ámbito doméstico, destinada a ser esposa y madre –Jagoé hablará de “idealization of the home and woman’s function within it”<sup>6</sup>–, su cultura será la básica e imprescindible para cumplir con estas dos obligaciones.

Como ejemplo, baste hacer referencia al matrimonio Santa Cruz. Por una parte, nos encontramos con Juanito, el “Delfín”, el príncipe de la casa de los Santa Cruz, el hijo mimado y malcriado, incorregible y que ha tratado con toda clase de gente en su proceso educativo<sup>7</sup>; por la otra, Jacinta, perfecto modelo de mujer sumisa y abnegada, recibe una educación elemental por parte de sus padres, de su esposo y de su futura suegra con el fin de convertirse en la madre y esposa ideal, al igual que lo había sido su madre, “mártir del deber, autora de diez y siete españoles”<sup>8</sup>, viendo así culminado su papel como mujer. Pero, a pesar de representarse en ella todos los valores femeninos admirados en la época (buena esposa, resignada, practica la

---

(4) SINNIGEN, John H., “Sexo y clase social en *Fortunata y Jacinta*: opresión, represión, expresión”, *Anales galdosianos*, 22 (1987), p. 65.

(5) CONCEJO, Pilar, “Lo femenino como mito en Galdós”, *Actas del IV congreso internacional de estudios galdosianos* (1990), vol. II, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo insular de Gran Canaria, 1993, p. 371.

(6) JAGOE, Catherine, “The subversive angel in *Fortunata y Jacinta*”, *Anales galdosianos*, 24 (1989), p. 80.

(7) PÉREZ GALDÓS, Benito, *Fortunata y Jacinta*, edición de Francisco Caudet, vol. I, Madrid, Cátedra, 1983, p. 202.

(8) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 197.

beneficencia...), Jacinta no tiene hijos y esto, en aquella ideología que, en palabras de Sinnigen, "está organizada alrededor de la figura de la esposa-madre, y la educación de las niñas [...] [y] está orientada a formar esa figura"<sup>9</sup>, significa que la mujer realiza sólo la mitad de su función.

Como consecuencia, pronto comienza a desarrollarse en Jacinta la obsesión por la maternidad, y esta monomanía tan irracional y típicamente femenina la acompañará en sueños y diferentes episodios que corroboran la necesidad que, como mujer, tiene de ser acotada. El punto álgido de esta inconsciencia lo supondrá el intento de introducción del supuesto hijo de Juanito, Pitusín, en la familia Santa Cruz. Jacinta se enfrenta entonces a sus suegros y, en consecuencia, a las normas establecidas. Pero también Barbarita, otra mujer, se dejará llevar por este frenesí, y sólo el poder masculino (Juanito y D. Baldomero) consigue aportar racionalidad al asunto, deteniendo y encauzando la desbordada imaginación femenina: "Las mujeres -señala Sinnigen- tomaron la iniciativa al buscar y adquirir al niño, pero las decisiones sobre qué hacer con él las toman los hombres, y a puerta cerrada"<sup>10</sup>. Una vez más, la ley y el orden masculinos caen con toda su fuerza sobre la mujer, como nos recuerda Vilarós<sup>11</sup>, porque, en resumidas cuentas, "[q]uien manda, manda"<sup>12</sup>.

Un proceso similar al de Jacinta se produce también en el personaje de Fortunata, si bien el suyo es más radical y severo. Como se nos viene diciendo ya desde la caracterización primera por parte de Santa Cruz, Fortunata era "un animalito

---

(9) SINNIGEN, *op. cit.*, p. 56.

(10) SINNIGEN, *op. cit.*, p. 58.

(11) VILARÓS, Teresa M., *Galdós: invención de la mujer y poética de la sexualidad. Lectura parcial de Fortunata y Jacinta*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1995, p. 14.

(12) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 428.

muy mono, una salvaje que no sabía leer ni escribir”<sup>13</sup>, una representante de la anarquía, del pueblo, luego carente de moral y de dignidad, ya que “sólo le mueven sus pasiones o el interés”<sup>14</sup>. Fortunata impondrá en todo momento a los argumentos sociales el argumento natural, su “entre mí”, considerándose la esposa legítima de aquél que primero le dio promesa de matrimonio. Y será a este “entre mí” femenino, según resalta Vilarós<sup>15</sup>, al que intente agarrarse durante toda la novela y contra el que actuarán Maxi, Evaristo Feijoo, Segismundo Ballester, Nicolás Rubín e incluso Juanito Santa Cruz, todos ellos hombres que ven la necesidad de inculcarla en los valores de la sociedad para acabar con el peligro que supone para el equilibrio de ésta. Se observa de este modo que “[l]a Ley y el Orden de la Restauración –dirá Rodríguez Puértolas– son impuestos autoritaria y amenazadoramente por un entramado de poder que empieza en Dios mismo y termina en el último ‘guindilla’ municipal”<sup>16</sup>.

No serán pocos, pues, los que, movidos por la urgente necesidad de hacerse cargo de su formación espiritual y social, intenten operar contra el salvajismo de Fortunata, caracterizada en repetidas ocasiones como un “bloque” de la “cantera” popular que debe ser depurado, como piedra moldeable o diamante para ser tallado por el hombre. Tras la experiencia parisina, en la que el pulimiento y refinamiento han sido únicamente superficiales<sup>17</sup>, parece corroborarse la idea de una perpetua e incorregible ignorancia. Sin embargo, hay quienes confían en la reforma y se empeñarán en ella; ése es el caso de Maximiliano Rubín.

---

(13) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 205.

(14) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 212.

(15) VILARÓS, *op. cit.*, p. 145.

(16) RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, *op. cit.*, p. 117.

(17) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, pp. 433-434.

Según indica Blanco Aguinaga, “[c]on la aparición de Maxi en su vida [...] aparece también la voluntad de orden pequeño-burgués, inseparable del deseo de domesticidad y honradez [...], así como la convicción de que también son necesarias las ‘formas sociales’ ”<sup>18</sup>. Su entusiasmo, que el propio Galdós califica de “loco”, le impulsa a “la salvación social y moral de su ídolo, y a poner en esta obra grandiosa todas las energías que alborotan su alma”<sup>19</sup>, porque, frente al escepticismo de la clase dominante hacia la corrección del pueblo, Maxi, en cuanto pequeño burgués cuya suerte puede en ciertas coyunturas identificarse con éste, confía en la regeneración de su representante, Fortunata, ante la que actúa como protector y redentor<sup>20</sup>. Al igual que habían hecho Barbarita y D. Baldomero con Jacinta, Maximiliano se propone preparar a Fortunata para el matrimonio burgués; pero su acción no es altruista, pues no sólo pretende “traer al buen camino a una alma buena que se ha descarriado”<sup>21</sup>, sino que su proyecto último es educarla en las tareas y la conciencia de la perfecta esposa burguesa, la suya: por un lado, lectura y escritura; por el otro, consejos sobre la discreción en el vestir, y lecciones de contabilidad doméstica y de urbanidad, así como cultura general y ciertas nociones de Historia y Geografía.

Una vez vencidos los primeros reparos, será la tía de Rubín, doña Lupe, quien con mayor ahínco se dedique a la tarea de regenerar y restaurar a Fortunata, puesto que el matrimonio, según ella, es viable siempre y cuando se la eduque con el rigor y la disciplina necesarios para subyugar su índole libertaria y sus malas costumbres. Esta mujer, que “se pirraba por proteger, dirigir, aconsejar y tener alguien sobre quien ejercer dominio”<sup>22</sup>,

---

(18) BLANCO AGUINAGA, *op. cit.*, pp. 69-70.

(19) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 481.

(20) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 488.

(21) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 535.

encuentra la ocasión perfecta de demostrar sus dotes “de maestra, de consejera, de protectora y jefe de familia”<sup>23</sup> con Fortunata, en la que inicia un proceso de desbastación y pulido para convertirla en señora. Con anterioridad ya había tenido ocasión de desplegar su autoridad con su marido, su sobrino y con Papitos. Sin embargo, la presencia de Fortunata en la familia atrae prácticamente su total atención, entregándose a un enderezamiento que ve más que dudoso de lograr. El primer paso, tanto de doña Lupe en particular como de toda la familia Rubín en general, será la represión de la sexualidad primaria de Fortunata, su desexualización. Su caracterización de la joven como un animal y “una salvaje que necesita que la domestiquen”<sup>24</sup> nos remite a la Marisalada de Fernán Caballero, y es reforzada a lo largo de toda la novela con símiles y metáforas animales (por ejemplo, será “gallina”, “leona” y “cabra”, frente al “cordero” con el que se representa a Jacinta).

Doña Lupe iniciará su instrucción de Fortunata advirtiéndole de los peligros de la imaginación, que es “la loca de la casa”<sup>25</sup>. Es éste uno de los grandes tópicos que rodean la imagen de la mujer a través de la historia de la literatura, y muy especialmente en el siglo XIX; recordemos si no el caso de la protagonista de *La Desheredada*. “A la imaginación –dirá la tía– se la mira con desprecio, y se hace lo contrario de lo que ella inspira. [...] [N]o podrá durante algún tiempo meter en cintura a la loca de la casa; pero aquí estamos para enseñarla”<sup>26</sup>. La misma idea la repetirá poco más adelante su sobrino Nicolás Rubín: “Todo depende de que usted sepa mandar a paseo a la

---

(22) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 582.

(23) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 583.

(24) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 583.

(25) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 565.

(26) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 566.

loquilla"<sup>27</sup>. Él mismo, en calidad de sacerdote, se comprometerá a curar a Fortunata de la enfermedad de la imaginación, el amor a Juanito Santa Cruz, enseñándole la doctrina cristiana y prometiendo una vida feliz y respetable, dentro de los cánones de la burguesía madrileña. Por todo ello y para cultivar en ella las virtudes de la obediencia, la asexualidad y la pasividad sin las cuales no puede ser aceptada en la clase media, Fortunata es forzada a un encierro temporal en el convento de las Micaelas, que obedece una vez más, en palabras de Vilarós, al hecho de que "está insertada, generada y administrada en y desde un sistema falocrático que exige su institucionalización"<sup>28</sup>. Se inicia de esta manera el gran proyecto edificador de Fortunata.

El convento de las Micaelas era una institución religiosa que tenía por objeto "recoger a las muchachas extraviadas y convertirlas a la verdad por medio de la oración, del trabajo y del recogimiento"<sup>29</sup>, lo que equivale a, como señala Fuentes Peris, "to educate the prostitutes into accepted feminine roles and, in particular, to train them in the skills and routines of domestic service"<sup>30</sup>, para que puedan ser reinsertadas en la sociedad, casándose o sirviendo en casas respetables. Supone, por lo tanto, un intento de reciclaje, de domesticación, domesticación y feminización de las mujeres, que responde de nuevo a las estrategias de control burgués. Tal y como cree Rubín, "tamizada por la religión, Fortunata volvería a la sociedad limpia de polvo y paja"<sup>31</sup>, con la imaginación y la conciencia puri-

---

(27) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 567.

(28) VILARÓS, *op. cit.*, p. 136.

(29) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 568.

(30) FUENTES PERIS, Teresa, "The control of prostitution and filth in *Fortunata y Jacinta*: the panoptic strategy in the convent of Las Micaelas", *Anales galdosianos*, 31/32 (1996/1997), p. 43.

(31) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 571.



ficadas. Pero el camino no es tan sencillo como todos parecen creer.

En el convento se da cabida a todo tipo de mujeres, todas ellas con un denominador común: la necesidad de corregirse y de ser educadas para reintegrarse en la sociedad. Para ello las monjas aplicarán una disciplina severa, con estrictas reglas que controlan la vida conventual, y duros castigos impuestos contra la rebeldía ante el orden establecido; “a programme of physical and moral discipline aimed at their rehabilitation as *normal members of society*”, dirá Fuentes Peris<sup>32</sup>. Así, por ejemplo, la vida conventual potencia el madrugar y los trabajos duros, ya que el cansancio consecuente ayudaba a “desbastar aquellas naturalezas enviciadas o fogosas”<sup>33</sup> (nótese la similitud con el conocido lema nazi “Arbeit macht frei”). No obstante, y adelantando el discurso de Feijoo, las madres permitían ciertas concesiones (bailar, tenderse en el suelo, beber un poco de alcohol...) porque “la privación absoluta de los apetitos alimentados por la costumbre más o menos viciosa, es el peor de los remedios, por engendrar la desesperación, y [...] para curar anejos defectos es conveniente permitirlos de vez en cuando con mucha medida”<sup>34</sup>.

De especial interés resulta el paralelismo que Fuentes Peris ha señalado entre esta institución religiosa de las Micaelas y la organización panóptica de las prisiones, según Foucault modelo de disciplina típica de la modernidad. Esta similitud se comprueba, por ejemplo, en la constante vigilancia impuesta por las monjas, que “eran centinelas sagaces de las amistades”<sup>35</sup>. “Las madres –prosigue Galdós– desplegaban un celo escrupuloso en

---

(32) FUENTES PERIS, *op. cit.*, p. 42.

(33) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 605.

(34) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 621.

(35) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 606.

separar durante las horas de descanso a las que en las de trabajo propendían a juntarse<sup>36</sup>. En ambas instituciones, pues, organización, vigilancia y control absoluto para garantizar el orden por medio de un sistema de sutil coacción.

En ese ambiente nos encontramos con mujeres como Felisa o Belén, regeneradas de un pasado poco honroso gracias a que “una mano caritativa la[s] sacó del cieno para ponerla[s] en aquel seguro lugar”<sup>37</sup>. Esa mano, la de Guillermina Pacheco, actuará de modo igualmente autoritario con Fortunata, aunque en este caso el resultado no será tan exitoso. Pero, más que ninguna otra, conviene destacar aquí la presencia de Mauricia “la Dura”, correlato de la parte más salvaje de Fortunata. Su descripción y sus acciones remiten a un animal, una “fiera” imposible de controlar<sup>38</sup>, fuera de la Ley, del orden de lo social y de la institución. Ni siquiera el correccional de las Micaelas podrá contra esa fuerza de la Naturaleza, esa energía desbocada y primaria que es Mauricia. El arrepentimiento, es decir, su integración y aceptación de las normas, nunca llegará a ser más que superficial y el tiempo demuestra su imposibilidad de regeneración con cíclicos estallidos de violencia animal<sup>39</sup>. Por ello, es expulsada del sistema y devuelta a su medio, “la calle”, la selva de la ciudad.

Fortunata, en este ambiente de constricción y contricción, se impregna de las enseñanzas impartidas por las monjas y por sus compañeras; incluso éstas se atreven a aconsejar y domar la imaginación de la protagonista, por ejemplo doña Manolita, que “ponía un empeño particular en enseñar a Fortunata”<sup>40</sup>. Así, entre todos, consiguen que mejore su lectura y su escritura,

---

(36) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 629.

(37) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 628.

(38) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 615.

(39) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 618.

(40) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, pp. 621-622.

y aprenda la doctrina cristiana. No obstante, "hay que contar con la índole, [...] que suele sobreponerse a todas las transfiguraciones epidérmicas producidas por la enseñanza"<sup>41</sup>, y con la influencia decisiva de Mauricia. Ella será, desde su primer encuentro con Fortunata hasta su muerte, la conciencia de la parte natural de la protagonista, reverso de la conciencia de lo social, representada por doña Guillermina. Y será Mauricia quien fomente, desarrolle y fortalezca aquel "entre mí" femenino y primario de Fortunata, ejerciendo una influencia que irónicamente, como Fuentes Peris resalta, "has more of an effect on her future behaviour than bourgeois indoctrination"<sup>42</sup>.

Muy diferente era la postura de doña Guillermina Pacheco. Era ésta "muy amiga de echar réspices y de enderezar a *las* que cometían pecados gordos"<sup>43</sup> [el subrayado es mío], tratando de enseñarles la buena crianza y corregirlas del salvajismo, del hacer lo que les da la gana, sin ley ni religión. Representa, pues, la Ley y el Orden que buscan reprimir la sexualidad por medio de la religión y el autoritarismo, como hará con las mujeres de las Micaelas, especialmente Fortunata, y como intentará lograr con Mauricia "la Dura". Pese a todo, no coseguirá que ninguna de las dos se recicle adecuadamente para la sociedad.

Tampoco lo lograra doña Lupe quien, tras la boda, ha tomado el relevo como educadora de la materia prima con la que se identifica a Fortunata. Aquel bloque sin pulir de la cantera del pueblo ha sufrido un primer proceso de tallado y pulido, hasta convertirse en algo más maleable, la cera, materia de la que la Jáuregui tratará de formar una señora a su imagen y semejanza, enseñándole modales, lenguaje y conducta<sup>44</sup> a base de autorita-

---

(41) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 633.

(42) FUENTES PERIS, *op. cit.*, p. 42.

(43) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 458.

(44) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 660.

rismo y severidad. Pero, ¿acaso no resulta extraño que sea precisamente una mujer y no un hombre quien actúe y disponga, a modo de canciller, sobre la vida de otra mujer? La explicación, tanto en el caso de doña Lupe como en el de Guillermina y las Micaelas, se encuentra en ciertos rasgos de masculinidad que justifican su superioridad en el orden moral y su poder para corregir e influir en otras mujeres, éstas sí ya ataviadas con todo el ropaje de defectos típicamente femeninos. Así, doña Lupe carece de uno de sus pechos y, al ser viuda, se ha convertido en la autoridad de la familia, ocupando el lugar del hombre (no obstante, Galdós parece sugerir que ese puesto ya estaba reservado a ella en vida de Jáuregui); doña Guillermina y las monjas, por su parte, son la voz de Dios y de la sociedad, seres asexuados y autorizados para corregir por medio de la religión.

La campaña reparadora de doña Lupe, como la de Guillermina y las Micaelas, fracasará, se convertirá en un “fiasco”, una “pamema”, y la regeneración conseguida será puramente superficial. Tal y como expresa Sinnigen, “[l]os preceptos sociales y religiosos de las clases medias no logran dessexualizar a Fortunata”<sup>45</sup>, que lucha contra la subyugación a la que la someten los miembros de la alta y pequeña burguesías, e inicia la rebelión que la convertirá en “el sujeto más destacado de la novela precisamente porque hace lo que no debe”<sup>46</sup>. Como ella misma afirmará ante Juanito Santa Cruz, “no sé ni jota, ni aprendo nada, aunque doña Lupe y las monjas, frota que frota, me hayan sacado algún lustre”<sup>47</sup>. Fortunata prosigue actuando según sus instintos naturales, a los que no podía hacer frente y a los que ninguna enseñanza podía gobernar<sup>48</sup>. No logra civili-

---

(45) SINNIGEN, *op. cit.*, p. 60.

(46) SINNIGEN, *op. cit.*, p. 60.

(47) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 694.

(48) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 689.

zarse, pero tampoco quiere hacerlo: quiere seguir siendo pueblo, lo que equivale a espíritu libre, una conciencia individual ajena a las reglas, un ser salvaje, como la Gaviota de Fernán Caballero: aferrada a la "ilusioncita [...] le ha faltado tiempo para echarse por los senderos de la cabra"<sup>49</sup>. Además, a Fortunata le repugnaba la moral despótica de doña Lupe, adaptándose mejor al modo de hacer de doña Guillermina. Sin embargo, ninguna de estas mujeres consigue su meta: restablecer el orden, purificarla y encauzarla en las normas de la sociedad. Habrá que esperar hasta la aparición de Feijoo y su "curso de filosofía práctica" para alcanzar el que será el grado máximo de acercamiento de Fortunata a las leyes sociales, que por lo demás también fracasa.

Ya habíamos aludido con anterioridad al papel de las Micaelas como camino preparatorio para las enseñanzas de Feijoo, pero también Maxi y Juanito Santa Cruz se atreven a infundir en Fortunata ideas similares a las que presentará el anciano: "No puede uno sustraer a los principios [...] Las conveniencias sociales, nena mía, son más fuertes que nosotros, y no puede uno estar riéndose de ellas mucho tiempo", dirá Santa Cruz<sup>50</sup>. Feijoo, amante pero al mismo tiempo instructor y "padre" de Fortunata, se propone purificarla, "sacarla [...] del terreno de la tontería y ponerla sólidamente sobre el terreno práctico"<sup>51</sup>. Una vez más, nos encontramos ante el hombre como espejo de conducta moral para la mujer, y Fortunata reiterará más adelante la necesidad que como mujer tiene de esa guía<sup>52</sup>. Pero, ¿cuáles son las enseñanzas que pretende inculcar en la joven para que alcance el equilibrio? En primer lugar, la

---

(49) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. I, p. 718.

(50) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 80.

(51) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 90.

(52) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 394.

idea de la formalidad y el no dar nunca malos ejemplos; en segundo lugar, la docilidad; y, por último, guardar el decoro, la corrección y la decencia: "Guardando... las... apariencias, observando... las reglas... del respeto que nos debemos los unos a los otros... y... sobre todo, esto es lo principal... no descomponiéndose nunca... se puede hacer todo lo que se quiere"<sup>53</sup>. De este modo prepara un nuevo intento de ingreso de Fortunata en el orden público que permita a la sociedad seguir su curso con normalidad, transigiendo ella con sus formas y normas (vuelve al matrimonio), pero conservando, de manera decorosa, su conciencia individual (el adulterio). En esto consistirá lo "práctico" inculcado por Feijoo<sup>54</sup>.

Restauradas las leyes sociales por medio del regreso de Fortunata al hogar y al matrimonio, reinicia doña Lupe su instrucción para hacer de ella un "modelo de mujeres casadas"<sup>55</sup>. Pero inevitablemente "la cabra tira al monte"<sup>56</sup>, y Fortunata vuelve a las andadas con Santa Cruz; se rebela contra su suegra -"a mí no me arregla nadie", dirá<sup>57</sup>-, y no consigue aprehender el señorío: continúa siendo un ser salvaje y primitivo, materia "en su tosca plenitud, [...] un canto sin labrar"<sup>58</sup>, porque pueblo es lo que es, lo que la naturaleza le induce a ser y lo que ella quiere seguir siendo. Ninguna instrucción, ni siquiera la de Feijoo, cuyos preceptos parecía compartir, logra constreñir su imaginación, de nuevo representada como "la loca de la casa"<sup>59</sup>. Su lenguaje, sus modales (la ira, la pasión y la grosería que

(53) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 120.

(54) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 90.

(55) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 300.

(56) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 205.

(57) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 376.

(58) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 251.

(59) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 238.

desata) y sus gustos (por ejemplo, sus preferencias en cuanto a música, obras dramáticas y comidas), aunque depurados –“algo se me ha pegado el señorío”<sup>60</sup> y “se había adecentado mucho y adquirido hábitos de señora”<sup>61</sup>, afirmaríala-, continúan identificándose con los del pueblo.

A final de sus días Fortunata, embarazada y sola, rompe real y definitivamente con las normas inculcadas por Feijoo, abandonando a Maxi para volver a su casa de origen en la Cava, entre el pueblo. Allí será donde ciertamente se compruebe que, a pesar de que las señoras Micaelas la desbastaron, y su marido y doña Lupe le pasaron la piedra pómez<sup>62</sup>, “Fortunata’s superficially acquired discretion –or partial ‘aburguesamiento’ is unable to bear”<sup>63</sup>. Enterada de la traición de Aurora, nueva amante de Juanito, pierde la tan predicada compostura y retorna al estado primero de salvajismo y descontrol de las pasiones, atacando a su antigua amiga. Este suceso supone un perder la compostura, un “descomponerse” que ya había mostrado ante Jacinta en su primer encuentro cara a cara, pero entonces aún estaba en proceso de instrucción. Ahora, cuando ese proceso parecía culminado y había alcanzado, más o menos, la integración social, Fortunata se desvía de lo aprendido en las lecciones de Feijoo, se echa a la calle en busca de su nueva rival y le da una paliza, corroborándose así una de las grandes ideas del texto: la idea de que nada puede atentar contra las normas naturales, ni siquiera el orden social. Fortunata, irreductible a la educación, inmune a la sociedad, no contagiada por la ambición y resistente a la historia, construye de este modo “una con-

---

(60) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 396.

(61) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 397.

(62) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 409.

(63) RIBBANS, Geoffrey, “Feijoo: policeman, inventor, egoist, failure?”, *Anales galdosianos*, 22 (1987), p. 84.

ciencia que, a pesar de los excesos de la pasión, crece, florece, ejercita la libertad, revalida los valores e irradia la verdad", es decir, "se salva y se eleva por medio de una conciencia que restituye la verdad a la vida y la vitalidad a los valores"<sup>64</sup>.

En varias ocasiones más encontraremos ejemplos de este mismo deseo de reforma y doma de lo natural femenino con propósito de integración social, pero no accedemos a ver sus resultados, si bien cabe prever un desenlace similar al de las mujeres ya analizadas. Refugio, por ejemplo, es abandonada por Juan Pablo Rubín como medicina para integrarse ambos en las formas sociales y olvidar así el salvajismo (o concubinato) en que vivían<sup>65</sup>. Papitos, por otro lado, sigue en proceso de pulido por parte de doña Lupe a través de reprensiones y castigos físicos. En ella encontramos, como en Fortunata, otro ejemplo de mujer en vías de inserción en la sociedad: extraída del "cuarto estado", al igual que la otra, es educada para, sin salirse de los márgenes de sus posibilidades sociales, convertirse en una criada honrada. Por último, Adoración, hija también del pueblo, protegida, vestida y educada por Jacinta para hacer de ella una "maestría o institutriz"<sup>66</sup>, es decir, para ascender, pero sólo lo justo sin salirse de su clase, y para continuar, al igual que Papitos, sirviendo a la alta sociedad. Blanco Aguinaga hablaría, en este último caso, de "[a]propiación autoritaria de lo ajeno [...] y educación en el respeto de las formas sociales"<sup>67</sup>, términos que podrían aplicarse a cualquiera de todas las mujeres tratadas a lo largo de este trabajo, todas ellas víctimas de una educación correctora de sus cualidades más femeninas, para convertirlas en producto útil y ya nunca más peligroso para la sociedad.

---

(64) GILMAN, *op. cit.*, p. 331.

(65) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 448.

(66) PÉREZ GALDÓS, *edic. cit.*, vol. II, p. 67.

(67) BLANCO AGUINAGA, *op. cit.*, p. 75.



En definitiva, se comprueba a través de este amplio elenco de personajes femeninos el anhelo de Galdós por la reforma social de la mujer, el sueño por una sociedad nueva y la denuncia de aquélla en la que le tocó vivir, en la cual la mentira, el machismo y la hipocresía hacen deliberadamente de la mujer un ser inferior. La mujer es para Galdós núcleo fundamental de la nueva sociedad y elemento moderador, "esencial en la regeneración de la vieja sociedad y en la construcción de la nueva"<sup>68</sup>, y de ahí el papel protagonista que ellas tienen en la obra del autor canario.

MARIA DOLORES MELENDREAS REGUERO  
*University of Massachusetts at Amherst*

---

(68) CONCEJO, *op. cit.*, p. 372.

### Bibliografía de referencia

BLANCO AGUINAGA, C., "Entrar por el aro: restauración del 'orden' y educación de Fortunata",

*La historia y el texto literario. Tres novelas de Galdós*, Madrid, Nuestra Cultura, 1978, pp. 49-94.

CONCEJO, Pilar, "Lo femenino como mito en Galdós", *Actas del IV congreso internacional de*

*estudios galdosianos* (1990), vol. II, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo insular de Gran Canaria, 1993, pp. 366-372.

FUENTES PERIS, Teresa, "The control of prostitution and filth in *Fortunata y Jacinta*: the

panoptic strategy in the convent of Las Micaelas", *Anales galdosianos*, 31/32 (1996/1997), 35-52.

GILMAN, Stephen, *Galdós y el arte de la novela europea, 1867-1887*, Madrid, Taurus, 1985.

JAGOE, Catherine, "The subversive angel in *Fortunata y Jacinta*", *Anales galdosianos*, 24 (1989),

79-91.

PÉREZ GALDÓS, Benito, *Fortunata y Jacinta*, edición de Francisco Caudet, 2 vols., Madrid,

Cátedra, 1983.

RIBBANS, Geoffrey, "Feijoo: policeman, inventor, egoist, failure?", *Anales galdosianos*, 22

(1987), 71-87.

RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio, "'Quien manda, manda': la ley y el orden en *Fortunata y*

*Jacinta*" en John W. Kronik y Harriet S. Turner (edits.), *Textos y contextos de Galdós*, Madrid, Castalia, 1994, pp. 115-125.

SINNIGEN, John H., "Sexo y clase social en *Fortunata y Jacinta*: opresión, represión, expresión",

*Anales galdosianos*, 22 (1987), 53-70.

VILARÓS, Teresa M., *Galdós: invención de la mujer y poética de la sexualidad. Lectura parcial de Fortunata y Jacinta*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1995.